

calmar la agitación y la alarma difundida por las señoras.

Machuca, el de la bolea, había desaparecido desde el primer momento, por prudencia ó avergonzado de lo que había hecho.

Saldaña, doña Bartolita y su marido, lograron detener á varias señoras que ya bajaban la escalera, y las obligaron á volver á entrar á la sala. El cuarto de los abrigos presentaba la más completa confusión y desorden; había sombreros machucados, abrigos pisoteados y grandes hacinamientos de abrigos de estambre y de seda, cuyas borlas, flecos y mallas se habían trabado unos con otros de tal manera que era imposible separarlos.

—¿Qué están haciendo? le dijo una polla á otra.

—¡Mira qué diablura! Aquí está mi abrigo, pero se ha enredado de tal manera con otros dos, que no hay modo de sacar el mío. Ya he roto muchos flecos

y no sale. Parece que los tres están tejidos en uno.

—Tira por aquí.

—¡Adiós, ya tronó! ¿De quién será?

—No importa, jala, porque ya nos vamos.

Aunque entre Saldaña, el curial, don Manuel y otras personas serias habían logrado contener el desorden en corredores y recámaras, el comedor era de nuevo un campo de Agramante. Los pollos habían emprendido formal disputa sobre si Machuca había tenido ó no razón. Quien aseveraba que Perico había besado á Gumesinda, quien que iba tomado de una manera conveniente, quien que le iba haciendo una declaración estúpidamente grosera; el caso es que los pollos se acaloraban unos en contra y otros á favor de Machuca.

Sonó de nuevo la música en la sala, á la sazón que se cruzaban ya palabras descómpuestas entre dos pollos alcoholizados, y voló por el aire una botella de

vino tinto, que dando contra el vidrio de un estante, produjo un estrépito infernal, seguido de gritos y exclamaciones tumultuosas.

—¡Orden, señores, orden! gritaba Saldaña, con los cabellos en desorden, y los cuellos de la camisa empapados de sudor y laxos como dos pellejos. ¡Orden! ¡Orden!

Pero no bien acababa de gritar estas palabras, se oyó en la calle una detonación, algunos gritos, y el pito del gendarme.

—¡Adiós, demonios! exclamó Saldaña brincando los escalones de cuatro en cuatro. ¿Qué sucede?

—¡Hay tiros en la calle! gritaban desde el corredor.

—¡Otro pleito!

—Han comido gallo.

Un tropel se precipitó por las escaleras siguiendo á Saldaña. Al llegar á la calle, se agitaban en todas direcciones las linternillas de los gendarmes, y la

voz de alarma por medio de los pitos, se difundía á diez cuadras en contorno.

—¡A ver, qué sucede!

—¿Quién tiró? preguntaba un gendarme.

—¿A quién le pegaron? gritaba otro.

—¿Quién es el herido?

El coronel, á pesar de sus botines apretados, estaba en la calle, sin sombrero, y dispuesto al combate.

—¿Qué sucede?

—Son el pagador Machuca y Pío Cenizo, que se han dado de golpes.

—¿Por qué?

—Por Perico.

Efectivamente; Cenizo en un grupo, y Machuca en otro, estaban ya en poder de los gendarmes.

El coronel pretendía ejercer jurisdicción, y reprendía severamente á los gendarmes. Pretendía la libertad de Machuca y Cenizo, alegando que eran unos caballeros, y quién sabe cuántas cosas más.

Los gendarmes, tocándose el kepi y cuadrándose al frente, alegaban el cumplimiento de su deber. El coronel se exaltaba con las réplicas, y salió á lucir aquello de que era muy hombre, y que había dado su sangre por la patria y sobre todo, con lo que creyó desarmar completamente á la policía, obligándola á echar tierra en el asunto, fué con una frase que, poniéndole la mano en el hombro, dijo al gendarme con acento ronco y enfático:

—Soy... íntimo amigo... de Porfirio...

El gendarme permaneció impasible.

El coronel volvió á acercarse al oído del gendarme.

—Carlos Díez Gutiérrez es mi compadre.

El gendarme no contestó, y no obstante lo cabalístico de aquellas dos declaraciones formidables del marido de Bartolita, dos grupos compactos de gendarmes, en cuyos respectivos centros estaban Cenizo y Machuca, toma-

ban el camino de la Inspección de Policía.

El estrépito que produjeron los cristales del comedor, el altercado de los pollos, los gritos y voces de alarma que se oían en la calle, y los lamentos y exclamaciones de las señoras, presentaban en la casa del coronel el cuadro más completo de confusión y desorden.

Grupos de señoras bajaban las escaleras precipitadamente para buscar puerto seguro en la calle, y otros grupos volvían del zaguán y subían las escaleras propagando la alarma del exterior. El cuarto de los abrigos llegó á ser un verdadero zaquizamí, porque ya nadie se cuidaba de ver lo que pisaba. Hubo pollo que intencionalmente anduviera sobre sombreros y paltós como por su casa.

Afortunadamente el grupo de la calle, con la intervención de un jefe oficioso, encontró manera de hacer desistir á los gendarmes de cargar con los conten-

dientes, y todas las familias que deseaban salir se precipitaron en tropel fuera de la casa.

Saldaña, el pobre de Saldaña, sacaba fuerzas de flaqueza, y mandaba tocar danza, para ahogar con la música los gritos tumultuosos y hasta las palabras obscenas de los pollos borrachos.

Más de tres cuartas partes de la concurrencia habían desaparecido; pero el pie veterano del baile había quedado allí, para acreditar su temple y su valor civil.

Se había quedado Venturita. ¿Cómo no había de quedarse Venturita? Aquel señor que quería verle los pies, aquel por quien Venturita hizo un domingo un rodeo solemne desde el Zócalo al hotel de Iturbide, aquel que se había manifestado rehacio y cuya indiferencia había inducido á Venturita á pensar en la estética del calzado, aquel señor estaba allí, se había acercado á Venturita, había bailado con ella, le había

dicho muchas cosas galantes, y por último, cuando Venturita corría hacia la recámara en actitud de Ione en el último día de Pompeya, para salvarse de la catástrofe, el señor aquel había dicho con acento dramático:

—No se vaya usted.

Venturita levantó sus ojillos inteligentes, los clavó en aquel Glauco, y arrojó su abrigo blanco sobre las ruinas de la recámara.

¡Cómo no había de quedarse Venturita!

Otras de las del pie veterano, de las supervivientes de la catástrofe, eran las Machucas, cada una de las cuales sostenía *tête à tête* con alguno.

Leonor con Enrique, Gumesinda con Jiménez, y la otra, la más chica, con el amigo de Jiménez.

Lupe, con su manchón de crema en el vestido azul, no podía contener el sueño á pesar de lo entretenida que estaba. Andaba buscando los rincones para

cabecear sin ser vista. A Lupe no la habían enamorado. Era fea, la pobre, estaba mal forjada, y luego aquel fleco rebelde que mientras permaneció húmedo fingió una mansedumbre insidiosa, apenas subió la temperatura de la sala, comenzó á insurreccionarse con una tensión feroz, presentando sobre su frente, no el rizo que cae y sombrea el ojo, sino una brocha negra que se yergue como si le guardara rencor á las tijeras.

Con semejante fleco, se comprende muy bien que sólo don Lucio, el barbero, acompañante de Lupe, bailó con ella.

Ya serían las tres de la mañana, y hasta esas horas no pudo el pobre coronel ponerse sus botines viejos. Estaba enteramente cojo, y evitaba por todos los medios posibles moverse de un asiento.

Matilde bailó mucho, y se asustó poco, y doña Bartolita estaba con un *flato* espantoso, le apretaba todo, y lo que quería era que aquello se acabara pronto.

La vela de la cocina se había apagado, y la servidumbre dormía á favor de las tinieblas; y como tras del anisete había venido el cognac y el champagne y grandes remesas de pasteles, queso y carnes frías, el sueño era realmente reparador y confortable; así al menos eran las apariencias.

La de Camacho había sido de las primeras en desaparecer sin despedida.

Enriqueta y don Manuel habían seguido su ejemplo.

Las dos señoras que habían dejado á guardar á Saldaña sus abrigo lo buscaban con insistencia para pedírselos y retirarse, y como Saldaña estaba en todo, oyó que lo llamaban, y anticipándose á los deseos de las señoras, fué en busca de los abrigo al lugar seguro en que los había guardado.

— ¡Maldición! exclamó Saldaña entre dientes y abriendo mucho los ojos. Aquel ropero había sido literalmente saqueado; las tablas ostentaban toda su

desnudez. Sabía muy bien Saldaña el desorden que había reinado; tenía experiencia de que en los bailes, tales como aquel, hay ladrones de abrigos, y como Saldaña había quedado responsable, no quiso sufrir los reproches de las señoras despojadas, y corrió á la cocina, y tropezando con fregatrices y sirvientes dormidos, atravesó las tinieblas y se fué á esconder á la azotehuela.

Los gritos á Saldaña se repetían por toda la casa; bien es, que desde las ocho de la noche le habían estado acabando el nombre, y ya no respondía cuando lo llamaban.

Las señoras buscaban á la dueña de la casa, y entonces fué cuando conocieron á Bartolita.

Presentaron su queja con la mayor moderación.

—¡Saldaña! ¡En dónde está Saldaña!

Salió á buscarlo el coronel y varios comedidos; Saldaña no parecía, y hubo quien asegurara que se había marchado.

Buscaron los abrigos en el ropero en donde los habían guardado y, como Saldaña, lo encontraron vacío.

Doña Bartolita hubo de proporcionar á aquellas señoras con que abrigarse, ofreciendo mandarles sus abrigos cuando parecieran.

Tras de aquellas señoras había dos caballeros que habían perdido sus palτός, y en cuanto á sombreros, todos los que habían quedado eran viejos y algunos pisoteados.

Saldaña estaba en la azotehuela oyendo rugir la tempestad, y decidió no asomar las narices.

Lupe y don Lucio también lo buscaban por toda la casa, y ya habían resuelto marcharse sin él, cuando al pasar por una pieza, cuya ventana daba á la azotehuela, oyeron una voz que salía con cautela por la hendidura.

—Acércate, Lucio.

—¿Qué? ¿quién? ¿eres tú?

—Sí.

- ¿Saldaña?
—¡Chist! cállate. Voltéame la espalda para disimular, y escucha.
—Ya.
—Pon cuidado.
—Dí.
—Toma tu sombrero y llévate á Lupe.
—Bueno.
—Chist... oye.
—¿Qué?
—Cuando bajes la escalera...
—Sí, qué...
—Espera. A mano derecha, tras el barril del eucaliptus, está una canasta.



- ¿Y qué?
—Nada, que he apartado algunas frioleras para mis criaturitas.
—Bueno, ya comprendo. Adiós.
Lupe, que no podía hacer otra cosa,

metió los dedos por la hendidura de la ventana, y Saldaña se los mordió quedito por el otro lado.

Lupe y don Lucio se alejaron.

Saldaña estaba decidido á no salir de su escondite mientras lo siguieran llamando. Por largo rato estuvo oyendo su nombre, repetido en todos los tonos, pero permanecía inmóvil. Aquel corto reposo, después de un trajín continuo de muchas horas, lo indujo á sentarse. La azotehuela en que se encontraba Saldaña estaba atestada de cajones vacíos y de la paja de los empaques. Buscando con las manos encontró bien pronto un cajón que acomodó para sentarse.

Al doblar las dos piernas, pensó en que no se había sentado desde la víspera.

Reinaba la más profunda oscuridad, y á medida que los rumores del baile iban extinguiéndose, otros ruidos se percibían á lo largo de la cocina y de la azotehuela.

Las fregatrices roncaban, sino con la felicidad del justo, al menos con el sopor del anisete y las satisfacciones de una cena exótica.

Aquellos ronquidos, compasados unos, estrepitosos otros, guturales algunos, se mezclaban en una especie de coro de ranas, con respiraciones estertorosas y frotamientos de paja. Aquella era la región del sueño, el reino de Morfeo. ¡Qué mucho que Saldaña agregara al coro aquel, por su propia cuenta, un bostezo descomunal, bostezo de cuarenta y ocho horas de vigilia, y antes de que tuviera lugar de persuadirse de que ya no lo llamaban, se quedó dormido!

El baile se había acabado por su propia virtud: la concurrencia se había ido saliendo sin despedida.

Bartolita se fué á acostar, y Matilde y su papá apagaron las velas.



CAPÍTULO IX

Conclusión

A poco amanecía.

La luz de la mañana venía con sus rayos azulados y limpios á poner en evidencia aquel lecho de placer de donde acababan de huir las bestias humanas.

Salía por las puertas del comedor y de la sala una especie de vapor alcoholizado, un vapor humano y tan pesado que casi se arrastraba por el suelo, como no queriendo luchar con la atmósfera